
LA IRRUPCIÓN DEL PATRIARCADO

PRIMORDIALIDAD DE LAS DEIDADES FEMENINAS – LA MATERIA

Mejor que hablar de diosas habría que decir divinidades femeninas. Estas divinidades femeninas surgen como patronas de los primeros medios de producción: del aceite de oliva, del vino, de los cereales, de la cría de animales domésticos (cerdo, etc.). Luego fueron sistematizadas por la mitología (Hesíodo: *Teogonía*) unificando los tiempos (las diversas etapas de la civilización), los lugares de la producción y los caracteres de estas divinidades que fueron confluyendo en la diosa.

A las divinidades femeninas se les asignan funciones especiales que corresponden a diferentes niveles de civilización. Estas primeras divinidades estaban centradas en un lugar y en un tiempo determinados, y luego se fueron universalizando. La tendencia de la sistematización mitológica era reducirlas a una sola persona, que luego se divide en dos: una que representaba el carácter bueno y benéfico y la otra el malo y destructivo.

Importante es que estas divinidades femeninas nunca mueren, solo se transforman. Incluso cuando se las destruye se convierten en *materia* (mater = madre) que se puede manejar: sus despojos o miembros se emplean para crear nuevas realidades.

Estas divinidades eran las dueñas del destino (*Moiras*), que estaba por encima de los dioses, destino al que los dioses estaban también "sometidos". Los dioses eran solo "funcionarios del destino".

Cuando irrumpe el patriarcado con Zeus a la cabeza como divinidad masculina, los dioses masculinos se apoderan de todos los "dominios" femeninos, por ejemplo, el de la adivinación (Pitia, Eleusis), pero siguen dependiendo de las divinidades femeninas para ejercer de adivinos: las adivinas emitían los mensajes, los dioses masculinos solo los interpretaban a su modo.

Lo que descubrió Bachofen fue que el patriarcado no es una forma natural, sino que surgió de la lucha contra el "contrapoder" femenino, que sigue resonando en toda la mitología griega.

«Bachofen descubrió el matriarcado como un "contrapoder" al patriarcado. Descubrió que el patriarcado se sostiene y sustenta sobre la "aniquilación" del poder matriarcal (contrapoder), convertido en simple *materia* (*Mutterstoff*), contrapuesta al espíritu (*Geist*) masculino. Este descubrimiento lo hizo empleando el método psicoanalítico de la "libre asociación": todo mínimo detalle es relevante y las cosas más escandalosas o más repulsivas son indicio

de una represión, buscando los indicios de "lo reprimido". [Klaus Heinrich: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*, hrsg. v. Hans-Albrecht Kücken u. a., Frankfurt am Main und Basel, 1993, p. 44.]

Bachofen descubrió que lo original y primario es lo femenino, por el hecho de que la madre es el origen de la vida: La materia es la base sin la que el espíritu no se podría encarnar: hilemorfismo aristotélico. Lo secundario es el elemento masculino, que está destinado a morir en el seno de lo femenino para poder re-generarse o ser regenerado.

El hilemorfismo o hilomorfismo es una teoría filosófica ideada por Aristóteles y seguida por la mayoría de los escolásticos, según la cual se concibe al ser (*ousia* 'sustancia') como compuesto por dos principios esenciales, uno es la materia y el otro la forma. La palabra es un término formado por las palabras griegas *hyle* (ὑλη), 'materia', y *morphē* (μορφή), 'forma'. Como cualquier objeto material tiene una forma, la materia prima es el sustrato básico de toda la realidad. Según Aristóteles, en el mundo material, la materia no puede darse sin forma y la forma no puede darse sin materia. Mientras que la materia pura no tiene más que una existencia teórica, la forma pura existe realmente: es la divinidad, el primer motor inmóvil.

LA IRRUPCIÓN DEL PATRIARCADO Y LA HEGEMONÍA MASCULINA

«En fase ya histórica, tenemos las *civilizaciones primitivas*, que viven de la *mera colecta*. En otra zona tenemos lo que los etnólogos llaman *civilizaciones primarias*, donde no se vive solamente de la colecta, sino que el hombre vive de una "producción". Y esta producción necesaria para su vida implica esencialmente la versión hacia la ultimidad, hacia las cosas últimamente decisivas para su existencia. Los antiguos cazadores fueron los que dieron predominio en su vida religiosa al poder del sol. Consideraron al sol como dios. En estas civilizaciones nació el totemismo, la idea de unos vínculos de sangre con algún animal sagrado.

La civilización de *los pastores nómadas* no confía más que en el cielo raso, a través del desierto y de las grandes estepas. *Es el cielo el que dirige sus pasos*. Es la *religión del dios del cielo*, unida de una manera especial al culto de los muertos, y frecuentemente asociada a otra diosa que germina en otras civilizaciones en forma de diosa madre, que es la Tierra Madre, de donde se formó precisamente la pareja del Dios *Pater* (Júpiter) y *De-Meter*, la Diosa Madre, la Gran Diosa. Zeus *Pater* (griego: Ζεύς πατήρ), del indoeuropeo **dyeu-pater* ('padre cielo'), como en el caso del *Iupiter* romano, del *Dyaus-Pitr* védico, del *Dai-patures* ilírio, *Zeus-Papaios* escita, etc.

Tenemos, además, la civilización de los agricultores. Y esta civilización *se fija precisamente en la Luna* y en la Madre Tierra; *es en ella donde brota el animismo*, que lejos de ser un fenómeno universal, está muy acantonado a este tipo de civilizaciones. Las cosas vivas están referidas no solamente aun principio indiferenciado, sino que constituyen un todo solidario en la estructura

misma de su inter-germinación. Es la Tierra-Madre.» [Xavier Zubiri: *Sobre la religión*. Madrid: Alianza Editorial, 2017, p. 74 ss]

Los pueblos indoeuropeos llegan y se van asentando en al área del Egeo. Con ellos traen un dios supremo, Zeus, que se tiene que enfrentar a los cultos locales centrados en divinidades femeninas. La mitología griega refleja cómo la primordialidad femenina se enfrenta a la pugna de la hegemonía masculina de la nueva religión olímpica indoeuropea centrada en el dios supremo Zeus. La nueva familia de dioses habita en el monte Olímpico.

Zeus, considerado ya "padre de todos los dioses y de todos los hombres", se comporta como un un caudillo aqueo que va sometiendo a su poder a todas las deidades y creando su mundo olímpico. No le fue fácil adueñarse del poder de todas las divinidades femeninas locales. De algunas se apodera por la fuerza. En otras ocasiones, mediante el matrimonio sagrado (ἱερός γάμος – *hierós gámos*) con alguna diosa local.

«El nombre de la diosa Hera, que significa 'señora', no es indoeuropeo como el de Zeus. Hera parece acompaña de serpientes, leones y aves cuáticas, lo que le otorga un linaje más antiguo que Zeus.

El nombre de Zeus es indoeuropeo y deriva de la palabra *deiwos*, que significa 'cielo', el mismo nombre aparece en el *Diespiter* (Júpiter) romano, en el dios indio del cielo *Dyaus Pita*, y en el término germánico *Tuesday* ('día de Thor').

La misma raíz aparece en el griego *eudía* (εὐδία), 'buen tiempo', 'sereno'; en el latín *deus* 'dios' y *diez* 'día'. Zeus aparece junto con otros, como el padre del cielo, bajo la imagen del luminoso cielo diurno. A esta se añaden imágenes de tormenta: la de aquel que reúne las nubes, la de aquel que ama los rayos y los truenos.

Todas sus epifanías son espectaculares: brilla como el sol, cae como lluvia dorada, arroja sus rayos, hace resplandecer sus relámpagos y junta las nubes negras al fruncir el ceño. El águila que vuela en las alturas manifiesta su presencia, como el halcón manifiesta la de Horus egipcio.

Este rasgo de fogosidad vinculaba para los griegos a Zeus no con el inicio del mundo, sino con el inicio de su propio tiempo, el nuevo tiempo que los definía como griegos. Por de pronto, la victoria de Zeus sobre los gigantescos titanes supone ponerle límites a la inmensidad.

Con Zeus dio comienzo una nueva era desposeyendo a las diosas locales anteriores de sus funciones y esferas de influencia.» [Baring, Anne / Cashford, Jules: *El mito de la diosa. Evolución de una imagen*. Madrid: Ediciones Siruela, 2005, 370 ss]

Las Moiras (Μοῖραι Moîrai 'repartidoras'), personificaciones del destino, eran temidas y respetadas por los dioses. El mismo Zeus estaba sujeto a sus designios, según palabras de la sacerdotisa pitia de Delfos. Los dioses eran solo "funcionarios del destino".

Apolo se convierte en rey oráculo sólo al usurpar Delfos. Primero mata a la Delphynē (Δελφύνη), con el elocuente nombre de "matriz", para apoderarse del santuario de la madre tierra Gaia, pero la Gran Madre Tierra es originalmente la única que tiene poder profético y Apolo seguirá dependiendo del poder de lo que ha intentado eliminar para poder ejercer como dios oráculo.

El elemento masculino ctónico ('perteneciente a la tierra', 'de tierra'), antes destinado a morir para garantizar la regeneración de la vida, en el nuevo patriarcado lo masculino muere, pero no para renacer y regenerar la vida, sino que desprende de la "materia" (*mater*) y se convierte en espíritu, se diviniza, y puede pasar a formar parte de la comunidad de dioses en el Olimpo, como en el mito de Herakles o Hércules.

Las diosas como poder originario

Jenófanes de Colofón (570-470 a.C.) fue el fundador de la escuela eleática (en la ciudad griega de Elea, en la costa sudoccidental de la actual Italia), a la que también pertenecieron Parménides de Elea y Zenón de Elea.

Jenófanes suscitó una importante polémica en torno al politeísmo y la concepción antropomórfica que los griegos tenían de los dioses. Se burló de Hesíodo y Homero por cuanto, según él, habían transferido a los dioses los peores atributos de los hombres, y propuso sustituir esta concepción tradicional por la idea de un dios único, indivisible, de naturaleza radicalmente distinta a la humana.

En la concepción de Jenófanes, dios es todo ojos, todo oídos, todo conocimiento, todo logos (razón), no creado e inmortal.

«Este dios único del que habla Jenófanes no se mueve, no cambia de lugar, pero lo controla todo: es todo ojo, todo pensamiento y todo oído. El ojo y el oído ayudan al pensamiento, el ojo y el oído son aquí las facultades de control. Y el pensamiento es la facultad con la que lo sacude todo, y lo hace sin esfuerzo, donde *pónos* significa tanto el esfuerzo como el trabajo enajenado.

No se puede decir del dios de Jenófanes que haya surgido, que haya tenido un origen, pero a renglón seguido Jenófanes dice que todo debe volver a la tierra. Así, el poder femenino del origen, que aquí se descalifica como un mero poder de retorno, está sin embargo presente en tal misterio filosófico.

Jenófanes, después de presentar a este dios masculino, no puede evitar decir: *ek gaíes gàr pánta kai eis gen pánta teleutai* (ἐκ γαίης γάρ πάντα καί εἰς γῆν πάντα τελευτᾷ) - fuera de Gea y dentro de Gea, es decir, todo se mueve hacia su meta (Frag, 27). El hecho de que la tierra sea aquí reducida a una mera sustancia material muestra, sin embargo, que, en el fondo de este hechizo defensivo, que aquí se ejemplifica para la filosofía griega en el concepto del Dios Único de Jenófanes, subyace el misterio demétrico no menos que el dionisiaco con su conmovión específica.» [Heinrich, Klaus: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens.*

Tonbandaufzeichnung der Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Wintersemester 1978-1979, p. 101; 115]

Las diosas y los diversos niveles de civilización

El tema de los misterios es la productividad femenina.

El término "misterio" deriva del latín *mysterium*, del griego μυστήριον *mystérion* (por lo general, como el plural *musteria* μυστήρια), y en este contexto significa 'secreto, rito o doctrina'. El *mystes* "uno que se ha iniciado" (de *myein*, cerrar), una referencia al secreto (cerrar "los ojos y la boca"), ya que sólo al iniciado se le permitía observar y participar en los rituales. En esta representación mística, el iniciado recibe información simultánea de tipo intelectual, emocional y física.

En Grecia el proceso de humanización de los dioses termina con Homero y Hesíodo "que crearon una genealogía de los dioses para los griegos, dieron a los dioses sus epítetos, clasificaron sus honores y responsabilidades y dieron forma a su figura" (Walter Buckert).

«La especialización que encontramos en el mundo de los dioses griegos es la especialización en *technai* (esto es lo que dice directamente Heródoto). Las distintas *technai* (τέχνη *téchnē* 'arte': conjunto de preceptos y reglas necesarios para hacer algo) asignadas a los dioses son, al menos en el mundo griego de los dioses, representadas preferentemente por divinidades femeninas.

Zeus, después de haberse tragado a *Metis* (para que, como representante de la prudencia femenina, no se volviera contra él) y hacer nacer de su cabeza a Palas Atenea, a cada uno de los dioses y diosas sus *timai* 'honores', para que no haya envidias ni disputas. Pero estos 'honores' representan diferentes etapas de la civilización de la prehistoria.

Así, a Atenea le corresponde la cultura del olivo, no sólo el tejido y el hilado; así, a Deméter le corresponde la agricultura, que se complementa con la cría de cerdos (cazadora de cerdos era quizás el nombre de su hija, Perséfone, que fue robada por Hades y reapareció); a Juno le corresponde la cría de grandes animales, rebaños de ganado y manadas de caballos; a Afrodita le corresponde, muy probablemente, el cultivo de jardines con plantas frutales; a Artemisa, por supuesto, le corresponde la civilización cazadora de una época prehistórica posiblemente aún más temprana en comparación con las otras zonas.

Así, la prehistoria de cazadores-recolectores, la potente agricultura con la cría de cerdos, la cría de ganado a gran escala, la cultura hortícola, la cultura del olivo, infinitamente importante para todo el Egeo: todas estas son etapas de la civilización.

Ahora se asignan a estas diosas como reinos bajo el dominio de los violentos dioses elementales que aparecen con gestos amenazantes que, sin embargo, se insertan en el orden cósmico o lo representan: provocando terremotos y

maremotos, como hace Poseidón; encarnando la meteorología en su manifestación violenta, como hace Zeus (es decir, todos los terrores y acontecimientos de los cielos, hasta el rayo, que está a su entera disposición); o el frenesí ciego; o el cambio de los astros, al que hay que atribuir probablemente a Apolo como potencia ordenadora, que, al igual que el astro diurno sale de las puertas del cielo y cambia y vuelve a salir, así también regresa siempre de la tierra de los hiperbóreos.

Así pues: todas estas fuerzas elementales se erigen en la cultura patriarcal como señores sobre las deidades maternas, a las que desplazaron desde el primer momento y luego volvieron a reconocer como más o menos iguales, aunque bajo el gobierno real de Zeus. Ya no son las antiguas dignidades que tenían antes las diosas, sino que estas dignidades tienen ahora legalidad al ser legitimadas por segunda vez, por Zeus.

Pero lo que encarnan las deidades madres no es tanto la fecundidad general o el poder creativo general de la vida, sino que son estadios de civilización específicos-generales, es decir, desiguales, cada uno de los cuales se asigna a una *techne*; y estas *technai* se hacen simultáneas al recibir iguales *timai*, iguales 'honores', cuando Zeus concede las dignidades a todos los dioses (ambos relatados por Heródoto). [...]

Ahora se asignan los *technai*, ahora se regula quiénes son los héroes fundadores, los héroes de la civilización. Ahora los dioses vuelven a atribuirse explícitamente sus *technai*, que siempre han gobernado, de modo que ahora ya no puede surgir ninguna disputa entre ellos.

Y esto es, en efecto, más que necesario, pues precisamente las deidades de la civilización por excelencia, que son reconocidas como tales por la sociedad masculina minoico-cretense, son deidades femeninas.

Y en la medida en que cada una de ellas fue en su día una Gran Diosa, la señora por excelencia (Δέσποινα – despoina 'señora', derivado del griego micénico **des-potnia* 'señora de la casa'). Cada una de estas diosas fue invocada en su día como *despoina* en el culto y todas ellas fueron variaciones de la deidad femenina de culto supremo o deidad de culto más primigenia.

Ahora, bajo el régimen patriarcal se les asigna, por separado, esferas o niveles de civilización, pero quedan subordinadas a las artimañas y argucias del régimen patriarcal de Zeus, en parte el padre y, en parte, el hermano mayor.» [Heinrich, Klaus: *Anthropomorphe. Zum Problem des Anthropomorphismus in der Religionsphilosophie*. Frankfurt am Main: Stroemfeld, 1986, p. 106-108; 124-131]

Se trata, pues, de técnicas reproductivas venerables que son competencia y responsabilidad de los dioses y las diosas. Así, la asignación de la cría de ganado a gran escala a Hera; la asignación de las plantaciones de olivos, por ejemplo, a Atenea; la asignación de algunos de los cultivos y de la cría de cerdos a Deméter y a su hija Perséfone, la "matadora de cerdos".

Metis, Zeus y Atenea

En la mitología griega Metis era la hija de Océano y Tetis y una de las 41 Oceánides más antiguas. Fue la primera esposa que tuvo Zeus. Metis (μήτις) significa 'astucia' o 'sabiduría', 'habilidad', 'destreza'. En sentido negativo, Metis significa artimaña, por eso su poder de metamorfosis. Simboliza la prudencia y, en el mal sentido, la perfidia y la astucia. Tiene la capacidad de anticiparse a lo que sucederá, con la sola virtud del pensamiento.

Metis, a instancias de Zeus, dio al padre de este, Crono, el emético (brebaje que provoca el vómito). Tras ingerir este brebaje, Crono vomitó a los hijos que previamente había devorado.

Zeus intentó seducir a Metis, pero esta, al principio, lo evitó metamorfoseándose, pero al final cayó en las redes de Zeus, quien la convirtió en su primera esposa.

Metis quedó embarazada de Zeus, quien para impedir que se cumpliera la profecía de que los hijos de Metis serían más poderosos que su padre, y siguiendo el consejo de Gea y Urano, Zeus engulló a Metis cuando estaba embarazada de Palas Atenea.

Según Píndaro, Hefesto, el dios de la forja y de los herreros, abrió la cabeza de Zeus con su hacha minoica de doble filo, la *labrys*, y Atenea saltó de la cabeza de Zeus ya adulta y completamente armada, «y llamó al ancho cielo con su claro grito de guerra. Y Urano tembló al oírlo, y la Madre Gea (o Gaia)».

Los dioses como meros funcionarios del destino (*Moir*a)

En la mitología griega, las Moiras (en griego antiguo, Μοῖραι Moîrai 'repartidoras') eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las Parcas o Fatae (en latín *Parcae*) las personificaciones del *Fatum* o destino. Controlaban el metafórico hilo de la vida de cada mortal e inmortal desde el nacimiento hasta la muerte.

En principio, las Moiras eran concebidas como divinidades indeterminadas y abstractas, quizá incluso como una sola diosa. En la *Ilíada* de Homero se habla generalmente de "la Moira", que hila la hebra de la vida para los hombres en su nacimiento (μοῖρα κραταιή, moîra krataié: 'poderosa Moira').

Las Moiras también eran temidas y respetadas por los dioses. El mismo Zeus estaba sujeto a sus designios, según palabras de la sacerdotisa pitia de Delfos. Hesíodo se refería a ellas como «las Moiras, a quienes el sabio Zeus respetó con los mayores honores», aunque ninguna obra clásica precisa hasta qué punto exacto los propios inmortales estaban sometidos a sus dictámenes.

Para Esquilo, Heródoto o Platón, que consideraban a Zeus conocedor y administrador del destino de los hombres en tanto soberano del orden establecido, pero no decisor último del mismo.

En efecto, tanto él como el resto de inmortales podían dispensar al ser humano dichas, aflicciones, recompensas y castigos; pero a menudo éstos no harían sino responder a lo ya establecido de antemano por las Moiras.

En cualquier caso, lo que cada hombre podría o no conseguir a lo largo de su existencia, el límite temporal a ésta y su finalidad predeterminada eran competencia exclusiva de esta trinidad.

«Hay una frase que, según Heródoto, Apolo pone en boca de su sacerdotisa oráculo, la Pitia. Cuando Kroisos cayó en el cautiverio persa, pero finalmente fue sacado de su pira funeraria, pidió a Ciro que le permitiera enviar sus grilletes a Delfos para reprochar al dios allí adorado sus engañosas profecías, que le habían hecho caer en manos de los persas.

Pregunta si es habitual que los "dioses griegos" sean ingratos y engañen. La respuesta que recibe de la Pitia no se limita al hecho de que a todos los seres humanos les toca enfrentarse al destino: le asegura que ni siquiera los dioses se encuentran en una posición feliz o envidiable frente al destino, porque no están por encima de él, sino que son meros funcionarios del mismo.

En las primeras concepciones de los griegos se puede hacer un descubrimiento que, en efecto, necesita ser dilucidado: que depende exclusivamente de la Moira que la *dýnamis* (δύναμις 'fuerza') de los dioses pueda actualizarse o no.»

[Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld Verlag, 2000, p. 53]

Apolo se apodera de los oráculos de Delfos

En la práctica, los oráculos de la diosa en Delfos siempre se consultaban a través de sus sacerdotisas, sentadas junto a grietas abiertas en la tierra de las que emanaban vapores. Todos los dioses de Delfos (Poseidón, Dionisio y Apolo) siempre tuvieron presente que Pitia (nombre procedente de Pitón, el dragón que Apolo mató) estuvo allí primero.

«Desde el punto de vista de historia de la cultura, Apolo es como adversario de Dionisio, entre otras cosas porque, en contra de esa Gran Madre y muy real religión de las mujeres que representan los misterios dionisiacos, comienza su labor con la conquista del santuario de la Madre Tierra en Delfos, donde mata a flechazos esa serpiente que lleva el nombre matriz o útero; luego se convierte en el patrón de la homosexualidad, del amor de los mancebos en general, y como tal en el patrón de la filosofía en la tradición griega clásica.» [Heinrich, Klaus: *Zivilisation und Mythologie III. Ovid, Metamorphosen – Vorlesung über Orpheus*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1981, p. 87-88]

«Apolo se convierte en rey oráculo sólo al usurpar Delfos. A primera vista, lo hace, en efecto, con la contundente violencia de la sociedad griega patriarcal: mata a la Delphynē (Δελφύνη), esta dragona con el elocuente nombre de "matriz", para apoderarse del santuario de la madre tierra Gaia.

Apolo desplaza a la madre tierra, pero no puede apoderarse triunfalmente de su santuario, sino que sigue dependiendo de ella o de su sacerdotisa. Y a partir de esto vemos que lo que ha sido reprimido vuelve en el contexto cultural.

Debe rendir homenaje a la Gaia, la Gran Madre Tierra, que originalmente es la única que tiene poder profético, no sólo adoptando el inventario de culto ctónico con el manantial y la hendidura en la roca de la que se filtra el vapor, sino sobre todo adoptando a la sacerdotisa oracular de la Gaia, la Pitia, cuyo nombre serpentino recuerda la ley materna.

Apolo, que como dios exclusivamente masculino se convertirá en el patrón y protector de los filósofos, sigue dependiendo del poder de lo que ha desplazado para poder ser eficaz como dios oráculo en absoluto.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld Verlag, 2000, p. 69]

Algunas diosas fueron desposeídas de sus atribuciones

La diosa Hera y el control de los vientos: Los vientos eran originariamente propiedad de Hera y los dioses varones carecían de poder sobre ellos. Ciertamente, en el relato de Diodoro, Éolo solo enseña a los isleños el uso de las velas en la navegación y predice, por señales que ve en el fuego, qué vientos soplarán.

El control de los vientos, considerados como las ánimas de los muertos, es uno de los privilegios que los representantes de la diosa Muerte se han mostrado más renuentes a abandonar.

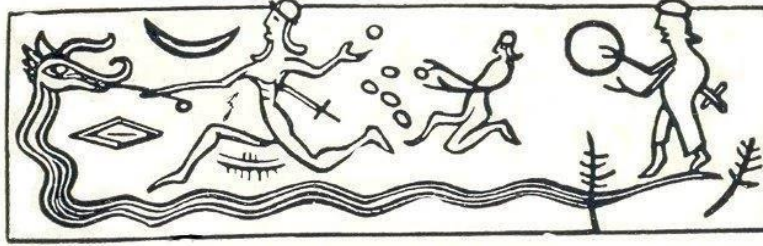
Pero los dorios habían sido muy concienzudos: ya en la época de Homero habían elevado a Éolo, el antepasado epónimo de los eolios, a la categoría de divinidad secundaria, poniéndole al cargo de los vientos, sus compañeros, a expensas de Hera, pues las islas Eolias, que llevan su nombre, están situadas en una región notoria por la violencia y la diversidad de sus vientos.

Al parecer, esta componenda fue aceptada de mala gana por los sacerdotes de Zeus y Poseidón, quienes se oponían a la creación de nuevos dioses, y sin duda también por los adoradores conservadores de Hera, que consideraban a los vientos como propiedad inalienable de la diosa.» [Graves, Robert: *Los mitos griegos*. Madrid: Alianza Editorial, 1985, vol. I, p. 199-200]

«En la Edad del Hierro, que comenzó hacia el 1250 a.C., el mito de la Edad del Bronce de la diosa madre y su hijo-amante no murió a pesar del culto formal al gran dios padre. Persistió bajo diferentes formas en Egipto, Anatolia, Siria, Palestina, Grecia y Roma hasta encontrar una nueva expresión en los cultos místicos de Egipto, Grecia y Roma y, finalmente, en el cristianismo.

No es mera coincidencia que Anatolia y Siria, así como Alejandría y Roma, fueran las áreas más receptivas a las tradiciones gnósticas y ortodoxas del cristianismo. Lo duradero del culto a la gran diosa y a su hijo-amante en estos lugares, junto con los misterios que allí se celebraban, explica en gran medida por qué fue así. En todos los lugares en los que el culto de Cibele estuvo más arraigado, desde Anatolia y Siria hasta Europa occidental, floreció también la adoración a María.» [Baring, 2005: 445]

TIAMAT Y EL MITO DEL ASESINATO DE LA MADRE



Marduk persigue a Tiamat (sello asirio del 800 a.C.)

Tiamat es la diosa primordial del "mar salado" perteneciente a la mitología babilónica, también asociada a un monstruo primordial del caos mencionada en el poema épico *Enûma Elish*. Ti significa 'vida' y ama, 'madre'.

«El *Enûma Elish* describe la violenta imagen de conquista que fijó el paradigma de la Edad del Hierro como época de conflicto entre la antigua mitología de la diosa madre y los nuevos mitos de los dioses padre arios y semíticos. Estos dioses padre luchaban por la supremacía en Mesopotamia, Persia, India, Anatolia, Canaán, Grecia, incluso en Egipto. Marduk fue el primer dios que derrotó a la diosa madre y tomó su puesto como creador de la vida.

El *Enûma Elish* sustituye la antigua imagen de la diosa lunar por el dios del cielo y el sol de manera tan radical que impide cualquier posibilidad de relación con el orden de consciencia anterior. La derrota de la diosa serpiente marcó el final de una cultura y también el final de un modo de percibir la vida, el neolítico, al que muy pronto iba a ser casi imposible acceder. La victoria de un dios solar crea un nuevo modo de vida, un nuevo modo de relacionarse con lo divino mediante identificación con la fuerza conquistadora del dios, con la victoria sobre la oscuridad que el sol logra con cada amanecer.

El mito valida, como dice Campbell, no solo un nuevo orden social, sino también una nueva estructura de pensamiento. Hemos llegado a un escenario mitológico que la mente racional, no mística, puede comprender sin ayuda donde el arte de la política, el arte de obtener poder sobre los hombres, recibió para siempre su modelo celestial. [...]

En el *Enûma Elish* ya está presente el germen de tres ideas principales que habría de conformar la época que estaba a punto de comenzar: la supremacía del dios padre sobre la diosa madre; el paradigma de oposición implícito en la lucha mortal entre dios y diosa; y la asociación de la luz, el orden y el bien con el dios, y el de la oscuridad, el caos y el mal con la diosa. Esto se expresó también en la polarización del espíritu y la naturaleza, de la mente y el cuerpo, la una, divina y buena, el otro "caído" y "maligno".

Esta oposición se extendió a la división en categorías de género de todos los aspectos de la vida, que después se polarizaron como entidades opuestas, enfrentadas, en lugar de seguir el modelo anterior de diferenciación y complementariedad. El aspecto "masculino" de la vida se identificó con el espíritu, la luz, el orden y la mente, que eran buenos; y el aspecto "femenino" de la vida se identificó con la naturaleza, la oscuridad, el caos y el cuerpo, que eran malos. A su vez, esta oposición, aprobada por decreto divino, condujo a

la idea de la "guerra santa", la guerra de las fuerzas del "bien" contra las fuerzas del "mal", relacionada con dicha oposición.» [Baring, 2005: 330-333]

En la religión de la antigua Babilonia, Tiamat es una diosa primordial del mar salado, que se une con Abzû, el dios del agua dulce, para producir dioses más jóvenes. Ella es el símbolo del caos de la creación primordial. Se la conoce como mujer y se la describe como la reluciente.

Se sugiere que hay dos partes en los mitos de Tiamat, la primera en la que Tiamat es una diosa creadora, a través de un matrimonio sagrado entre sal y agua dulce, creando pacíficamente el cosmos a través de generaciones sucesivas. En el segundo Chaos, Tiamat se considera la encarnación monstruosa del caos primordial. Algunas fuentes la identifican con imágenes de una serpiente marina o un dragón.

ENÛMA ELISH – EL POEMA ÉPICO BABILÓNICO DE LA CREACIÓN

«Las raíces mitológicas de las tres religiones patriarcales derivan del poema épico *Enûma Elish*, conocido en todo el mundo antiguo. La historia más antigua en la que un dios héroe vence a un dragón es sumeria; sin embargo, el poema épico babilónico, más feroz, fue el que cautivó la imaginación de la Edad de Hierro. Originariamente, como sugiera Frazer, el poema pudo constituir la celebración mitológica de la llegada de la primavera en Babilonia, cuando el dios solar vencía a la gran serpiente o dragón, imagen de los ríos tortuosos y de las fieras inundaciones torrenciales del invierno que convertían la llanura babilónica en un caos acuoso.

El dios encarnaba las fuerzas de la creación y la diosa serpiente las fuerzas de la destrucción. La gran batalla entre ambos volvía a representarse cada primavera, cuando las fuerzas creativas y destructivas se enzarzaban y el resultado de su enfrentamiento parecía pender de un hilo.

El pueblo esperaba, lleno de angustia, la aparición de la tierra seca entre las aguas y la confirmación de la victoria del dios en el cereal que comenzaba a brotar.

El *Enûma Elish*, que significa 'cuando en lo alto', se recitaba anualmente para "ayudar" a la victoria del señor dios Marduk a derrotar al gran dragón serpiente Tiamat.

En este poema se hallan las pruebas más antiguas de la inversión completa de la mitología de la era anterior. En vez de sacrificar la diosa a su hijo-amante, es la diosa misma quien es sacrificada por un ser de su propia creación: el dios joven, su tataranieto.

Este poema épico narra la historia de cómo los dioses fueron creados por la madre y el padre primigenios, Tiamat y Apsu; cómo surgió el conflicto entre la nueva y la vieja generación; y cómo la vieja generación acabó siendo depuesta por la joven. Marduk empieza a establecer un nuevo orden de creación.

La nueva imagen mítica de la Edad del Hierro es la del dios héroe solar que se enfrenta a mata al voraz dragón de la oscuridad y el caos. Parece que esta imagen surgió como un mito fundamentalmente bélico cuando la cultura indoeuropea (aria) se estableció en Mesopotamia, India y Grecia.

También se encuentra en Canaán, la mayoría de cuyos asentamientos eran semíticos y no arios. El paradigma de oposición del *Enûma Elish* influyó de forma marcada en las culturas hebrea, persa y griega.» [Baring, 2005: 330-333]

PRIMORDIALIDAD FEMENINA Y SUBORDINACIÓN MASCULINA

El hecho de que desde el paleolítico se haya extendido y conservado la idea de una deidad de la que surge la regeneración de la vida vegetal y animal, se basa en el hecho de que la vida comienza con la gestación en el seno femenino y el nacimiento.

El elemento femenino sería lo primordial, mientras que el masculino estaría supeditado a crecer en el seno materno, nacer a la vida y tras la muerte volver al seno materno para regenerarse, al vientre eterno y sus fases temporales (fases de la luna y los cambios estacionales).

El teorema de Anaximandro: "Todo lo que sale del origen tiene que volver a él", y el tiempo que se mantiene fuera del origen (vida) es un tiempo limitado, prorrogado, y el origen sigue ejerciendo su poder.

El elemento masculino está asociado al cambio: nacimiento – muerte – regeneración. El elemento femenino sería el garante de la estabilidad y permanencia de este proceso de transformación, de este movimiento. Sería la figura del "motor inmóvil", ideal de la filosofía griega.

Es conocido que, en las mitologías, las divinidades nunca mueren del todo, solo se transforman. La referencia a este proceso de transformación la veía el hombre en las fases de la luna.

La similitud de la cornamenta de algunos animales, como los cuernos del toro o los colmillos del jabalí, con una de las fases de la luna (media luna) fomentó la asociación del toro con el proceso de regeneración de la vida vegetal y animal: nacimiento, plenitud y muerte.

La muerte como última fase por la que tiene que pasar este proceso de regeneración. El toro quedó asociado a la muerte como condición para la regeneración de la vida vegetal y animal. Su fuerza generatriz asociada a la fecundación fue un elemento posterior y secundario.

Primordialidad de lo femenino-maternal no significa dominio de lo femenino sobre lo masculino (matriarcado) o 'dominio de las mujeres'.

La palabra "matriarcado" está compuesta del vocablo latino *mater* ('madre') y del griego "arché" (ἀρχή) ('principio', 'origen', 'la razón primordial, originaria'). En Grecia se pasó a designar al gobernante como *arconte* (de ἀρχ-, que significa 'dominar', 'ser el primero en la jerarquía'). La primordialidad

tiene la legitimidad que da la primacía del origen, una legitimidad que no necesita ser impuesta por la fuerza.

«La idea de la tierra como madre que produce plantas de forma independiente sin ser creada ella misma está muy extendida en la antigüedad. Se basa en la dimensión numinosa de las tierras de cultivo fértiles (hebreo 'ādāmāh; griego gē / Gaia) y las profundidades de la tierra (hebreo 'æræš, šə'ól; griego *chthōn* / *chthonios*).» [Christl M. Maier: „Heilige Hochzeit“ (2011), en *Das wissenschaftliche Bibellexikon* (WiBiLex), Deutsche Bibelgesellschaft, Stuttgart.]

«En la región de Mesopotamia las diosas se cuentan entre las deidades más antiguas y algunos investigadores suponen una presencia de deidades femeninas que alcanzaría hasta la prehistoria, debido a que una gran parte de las esculturas que se han encontrado son femeninas, mientras que las esculturas masculinas más bien constituyen la excepción.

Existe controversia sobre si acaso la primacía de diosas está relacionada o no con el matriarcado social. Una comparación con culturas actuales que contemplan muchas diosas o entre las que existe un prominente culto a las deidades femeninas, muestra que estas “no son obligatoriamente sociedades en las que se aprecie a las mujeres y se les ofrezca oportunidades” (Fehlmann, Meret: *Die Rede vom Matriarchat*. Zürich: Chronos Verlag, 2011, p. 105).

Con la excepción de la Diosa del Sol hitita de Arinna, en la mayoría de las religiones de la antigüedad no existen diosas encabezando una jerarquía de deidades. Actúan frecuentemente como diosas de la fertilidad, figuras maternas, diosas de la tierra o también meramente “como complemento de su esposo sin templo propio”.

La diosa acádica Ishtar – y correspondientemente la diosa Inanna sumeria y la diosa Astarte semita oriental – fue una diosa de la guerra, diosa madre y diosa del amor. Como se trataba de la diosa dominante, su nombre podía ser utilizado para nombrar a las diosas de manera general.

Las diosas de la tierra, de la fertilidad y otras similares fueron adoradas en todos los lugares donde vivían agricultores, desde Egipto, pasando por el Asia Menor hasta entre los celtas, germanos y eslavos. También en las culturas de los aztecas, mayas e incas se rindió culto a este tipo de diosas.» [<https://es.wikipedia.org/wiki/Diosa>]

EN LA MITOLOGÍA LAS DIOSAS NO MUEREN – SE TRANSFORMAN

«La mitología de los pueblos no conoce diosas (madres) que mueren y luego resucitan a la vida. Las mitologías muestran a diosas desmembradas; pero sus miembros siguen siendo materia viva en todas las esferas en las que y de las que ahora crece la vida: así, la desmembrada Tiamat y toda su especie se convierten ahora en las esferas individuales de la *natura naturans*, la naturaleza, que una y otra vez hace surgir naturalmente la naturaleza de sí misma. El cabello se convierte en bosque, los huesos se convierten en piedras, los diversos suelos se forman a partir de las diversas carnes, las aguas surgen

de las diversas aguas que este mismo ser primordial también tenía dentro de sí.

Una resurrección equivaldría a la muerte de los seres que aún viven de lo desmembrado, que sólo y realmente viven de lo desmembrado.

Mater semper certa, pater incertus: este concepto de la medicina forense ha sido para la mitología a lo largo de los tiempos algo natural: es la madre, la Gran Madre, la que no necesita pruebas; es el padre, la raza de los hijos que vuelven a ser padres, y siempre de nuevo la raza de los hijos, la que necesita pruebas.

Así en la historia de Heracles se da este tipo de prueba de Dios: lo que es paternal resulta ser inmortal; y lo que en realidad había garantizado la inmortalidad en la mitología se elimina, se quema, ya no desempeña ningún papel.» [Heinrich, Klaus: *Zivilisation und Mythologie III. Ovid, Metamorphosen – Vorlesung über Orpheus*. Skript zur Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Sommersemester 1981, p. 48-49]

MATER CERTA, PATER SEMPER INCERTUS

La existencia de las divinidades femeninas no necesita prueba, la de las masculinas, sí. Siglos enteros se ha debatido sobre las pruebas de la existencia de Dios, si se puede probar la existencia de Dios. En el Derecho Romano existía el principio *Mater certa est, pater semper incertus*, siempre está claro quién es la madre, no así en el caso del padre.

«El concepto de alianza del Antiguo Testamento tiene su límite en el hecho de que el fundamento impelente de la realidad [“Triebgrund”] se presenta exquisitamente –no sólo explícitamente– como masculino, es decir, la propia teoría de las pulsiones se presenta con una pretensión patriarcal.

Esto significa que tanto en la teoría de la pulsión-tierra misma se introduce no sólo el equilibrio de la tensión entre pulsión-tierra y pulsión-sujetos, sino un intento recurrente de liberar la tensión de género en la pulsión-tierra misma.

Los diversos desarrollos de la doctrina del *Deus absconditus* se caracterizan todos por el hecho de que intentan repetidamente inscribir la tensión intergenérica en el *abcondite*, y repetidamente intentan luego hacer desaparecer la tensión intergenérica en la teorización de este *abcondite*. Así, este exquisito masculino se aplica tanto al fundamento impelente de la realidad como al concepto de historia pulsional.

No solo el fundamento impelente de la realidad, sino también la historia pulsional, también la potencia pulsional, también la historia intelectual como historia pulsional sublimada tienen este límite de lo exquisitamente masculino.

Se puede ilustrar esto con un ejemplo: las discusiones sobre este Dios han terminado durante más de mil años en disputas sobre su demostrabilidad. Son pruebas de paternidad; las diosas no necesitan pruebas de paternidad. En la historia de las religiones no hay pruebas de la existencia de la diosa, el problema es sólo cómo poder probar la existencia de Dios". [...]

El otro límite de este peligro de racionalización e irracionalización es el exclusivamente masculino, que aquí define el terreno pulsional de la realidad, del que se excluye su lado femenino:

El dios que luego, significativamente, también necesita pruebas su existencia, no la diosa, que nunca necesita prueba alguna de que existe; el dios que, con esta masculinidad exclusiva, en realidad siempre y en todas partes conjura conflictos padre-hijo.» [Heinrich, Klaus: *Phänomenologie der Religion II. Ursprung, Bund und die Konflikte des Erscheinens*. Tonbandaufzeichnung der Vorlesung, gehalten an der Freien Universität Berlin im Wintersemester 1978-1979, pp. 254; 276]

LA INVENCION DEL PATRIARCADO

«La conocida historiadora estadounidense Gerda Lerner habla de "La creación del patriarcado" (1986). Con esto quiere expresar que la patriarcalización de las primeras grandes culturas no fue un desarrollo inevitable, sino que se instauró con violencia y con ideologías filosófico-teológicas construidas conscientemente.

Los estudios históricos de Lerner sobre las ciudades-estado mesopotámicas del cuarto milenio antes de Cristo y los imperios babilónico-asirio hasta el segundo milenio antes de Cristo muestran también que este complejo proceso necesitó alrededor de 2500 años para establecer completamente el gobierno patriarcal no solo a nivel familiar y estatal, sino también a nivel religioso y filosófico.

El requisito previo o el primer paso fue la implementación del sistema de clan patrilineal, que hizo posible el dominio masculino. Al comenzar la acumulación de alimentos sobrantes, surge la necesidad de proteger la posesión y de darla en herencia, para lo que era necesario saber quién era el padre (*mater semper certa, pater incertus*).

Esto cobra relevancia desde los avances en agricultura y ganadería a principios del Neolítico. Sólo la cría sistemática de animales hizo evidente el papel del hombre en la procreación. Hasta entonces, no estaba claro, ya que las mujeres no quedaban embarazadas a pesar de las relaciones sexuales durante sus largos períodos de lactancia debido a la inhibición de la ovulación. Con el sedentarismo y la nueva base alimenticia, se perdió este control natural de la natalidad, por lo que en los siguientes milenios la densidad de población aumentó sostenidamente.

Cómo se produjo la descendencia patrilineal en el transcurso de la segunda mitad del Neolítico es un misterio. Sin embargo, es plausible que hubiera una necesidad entre los grupos de hombres de que se reconociera oficialmente su paternidad y de legar sus bienes a sus hijos. Pero como la paternidad siempre permaneció incierta, hicieron todo lo posible para controlar la sexualidad femenina y formar familias nucleares – madres, padres e hijos – con matrimonios estables. Esto llevó a que las mujeres se volvieran dependientes de sus maridos y, en última instancia, a su incapacitación.

Solo se puede hablar de guerras reales cuando son organizadas por portadores de armas entrenados sistemáticamente y sus comandantes con el propósito de conquistar. El prerrequisito material para esto era la minería con la extracción de cobre, estaño y luego hierro para la producción de armas cada vez más potentes.

Las primeras documentaciones históricas son las conquistas de los sumerios a principios del cuarto milenio antes de Cristo, cuando invadieron los pueblos y ciudades de la cultura de El Obeid o El Ubaid altamente desarrollada en el sur de Mesopotamia. Fue fácil para los conquistadores sumerios ocupar por la fuerza los asentamientos no fortificados del sur de Mesopotamia, invadiendo la región con sus carros, sus hachas de cobre y un ejército de arqueros.

En el cuarto y tercer milenio a.C., los sumerios fundaron las ciudades-estado de Ur, Uruk, Kish, Lagash, Umma y Mari y transformaron lo que originalmente era propiedad colectiva del templo en una esfera personal de poder en la que el liderazgo sacerdotal y el gobierno profano estaba en manos de la misma persona.

Las tumbas reales de Ur muestran que los reyes sumerios se hicieron adorar como seres divinos. Las reinas eran sumas sacerdotisas, como representantes de la Gran Diosa Inanna, y desempeñaban un papel importante en el culto del Matrimonio Sagrado (ἱερὸς γάμος – hierós gámos). Este ritual, que tenía lugar en el templo del zigurat, asignaba al rey o príncipe (lugal) el papel de paredros (amante o consorte) elegido por la diosa, y su unión con ella se consumaba simbólicamente por el hecho de tener como representante a la suma sacerdotisa.

El término "matrimonio sagrado" se refiere originalmente a la idea griega de *hierós gámos*, que describe el matrimonio del dios del cielo Zeus con la diosa de la tierra Hera como una teogamia ("boda de los dioses"). Homero cuenta el mito (*Iliada* 14, 159-360), pero no utiliza el término; también describe la unión sexual de la diosa Deméter con el mortal Iasion, quien luego es asesinado por Zeus (*Odisea* 5:125-129; Hesíodo, *Teogonía* 969-971). En la antigüedad clásica, el término también se aplica a otros pares de dioses en la mitología griega.

Incluso cuando el texto del culto ya había sido modificado en el sentido de que la sacerdotisa ahora elogiaba al rey reinante como el deseado y activo, el ritual se mantuvo durante muchos siglos para justificar y sellar la dignidad real. Esto incluso después de la sustitución de los sumerios por los semitas y su imperio babilónico. Después de todo, solo Hammurabi creó en el siglo XVIII a.C. el oficio de Suma Sacerdotisa.

La *Epopéya de Gilgamesh*, llamada así por el rey de Uruk (del 2700 a. C.), fue escrita 1500 años después, alrededor del 1100 a. C. por un sacerdote babilónico. Al mismo tiempo, se escribió el *Enuma Elish*, la epopeya de la creación de Marduk, que describe cómo Marduk mata y desmembra a la madre primordial Tiamat. Aunque después necesita el cuerpo muerto de la diosa, cortado en dos, para crear el cielo y la tierra, mientras que el dios creador judío creó el cosmos solo con la palabra.

La Epopeya de *Gilgamesh*, redactada en términos de una teología política, nos da una idea de cómo se produjo el tránsito de la religión matricéntrica a la religión patriarcal misógina. Ahora la diosa sumeria Inanna, que da vida como la diosa madre cósmica y, en el inframundo, da nueva vida a los individuos muertos regenerándolos, se convierte en la babilónica Ishtar, calumniada por Gilgamesh como una mujer belicosa e infiel, que consume hombres. Así se pretende justificar el distanciamiento de la religión matricéntrica, sustituida ahora por la religión del todopoderoso y creador Dios Padre (G. Bott 2009, pp. 484-486).

Durante el tercer y segundo milenio a.C., la élite de los sumerios imprimió un carácter brutal al gobierno patriarcal en la historia mundial: había una rivalidad devastadora entre las ciudades-estado individuales y los espantosos gestos triunfales de los vencedores sobre los vencidos. Más tarde, los asirios superaron con creces la ferocidad marcial de los sumerios y babilonios.

Al mismo tiempo, se instauró una esclavitud sin precedentes sobre la población subordinada, a la que se le impuso todo el trabajo de "sirvientes" para el sustento de las clases superiores, y las esclavas no sólo eran las sirvientas personales de la élite que vivía en el lujo, sino que también tenían que someterse a los hombres como objetos sexuales. El resultado fue una sociedad de clases y un poco más tarde el establecimiento de burdeles a los que se destinaban hijas de campesinos pobres o esclavas vendidas por sus señores.

Algunas mujeres de la élite alcanzaron altas posiciones sociales y se distinguieron por sus propios logros intelectuales. Se conocen sacerdotisas, escribas y músicos de Mari, pero todos dependían de sus padres o maridos, como la famosa suma sacerdotisa y poetisa Enheduanna, hija del rey Sargón de Acadia.»

[Carola Meier-Seethaler, en <http://www.theoriekritik.ch/?p=3625>]
